

Claudia Rodríguez Padilla
Colegio Nuryana (Tenerife)
ISLAS CANARIAS



La casa tenía un aspecto lúgubre. No solo las paredes parecían viejas y descuidadas, sino que también tenía las ventanas rotas. Salté la verja al ver que estaba trabada por el óxido. El sonido de mis pies al aterrizar en la hierba me resultó desagradable. El césped de los alrededores estaba seco, como si la casa llevara la muerte dentro de sí misma.

Este era el caso más importante que me habían asignado. Las desapariciones de los niños ya rondaban la media docena, y todos tenían algo en común: que se les había visto por última vez aquí y que todos tenían seis años.

Investigué sobre la casa. Llevaba abandonada más de cincuenta años. En ella vivían una jovencita sueca y su marido inglés, adinerado y que le doblaba la edad. Dije a mis superiores que solo había encontrado eso, pese a que hallé mucho más.

El matrimonio tuvo dos hijos, un niño y una niña. Cuando la chica cumplió cuatro, su hermano, dos años mayor, y su padre, desaparecieron por completo. Se dice que fue por motivos de dinero y venganza. Pese a que fue un golpe duro para la mujer, siguió avanzando junto a su hija. Hasta que algunos meses después, la niña cayó enferma. No hubo diagnóstico, y pese a los esfuerzos de los médicos, el avanzado estado de la enfermedad y los limitados recursos de la época llevaron a la niña a la muerte. Con seis años, justo la edad de los niños desaparecidos.

La jovencita, tras el fallecimiento de sus hijos y la desaparición de su marido, cayó en una profunda depresión. Hasta que desapareció. Muchos dicen que se suicidó, prefiriendo la muerte a la tristeza y la soledad, pero nunca se encontró su cuerpo. Sin duda, esta casa llevaba detrás una horrible historia.

Y sí, hacer una investigación por mi cuenta era peligroso, pero como los jefes supieran toda la información que encontré, le darían el caso a alguien más experimentado. Y no podía permitirme eso.

Saqué mi libreta, me sorprendí al ver mis manos temblar. Cuando quise darme cuenta, ya estaba en la puerta. Firmemente cerrada. Rodeé el lugar, buscando una ventana rota por la que entrar. Me sentía una intrusa. Suspiré y me dispuse a ello. Desde ese momento, ese instante en el que pisé por primera vez el suelo de esa mansión, un profundo sentimiento de miedo me invadió. Por no hablar de ese nauseabundo olor, del que nunca supe el origen, que me siguió en toda mi estancia. La casa estaba bastante limpia - y ordenada -, dentro de lo que cabía. Ciertamente, la imaginaba llena de graffitis y con envoltorios de comida basura por las esquinas, pero la única suciedad allí era el polvo añejo.

Avanzaba, con los nervios carcomiéndome. Un silencio ensordecedor se instalaba en la casa. Terminé por guardar la libreta, con miedo de que al desviar la mirada, algo o alguien se apareciera.

Cuando llegué a la sala de las escaleras, estaba sudando y jadeando. Mi cuerpo comenzaba a cederle al cansancio, algo iniciaba a apoderarse de mí. Subía lentamente las escaleras, chirriaban, demasiado... Estiré mis brazos, estaban calientes y pegajosas. Me dolían las sienes.

La mayoría de puertas arriba estaban cerradas. Solo puede acceder a una de las habitaciones. La de una niña, al parecer. Eso confirmaba parte de mi información. El cuarto estaba repleto de muñecas. Nunca llegué a comprender por qué a los niños les gustaban esas cosas. Con piel amarillenta, horribles sonrisas y miradas que me señalaban como si hubiera cometido el peor de los pecados. Algo me sacó de mis pensamientos. Un chirrido. ¿Las escaleras? Tragué saliva, estaba aterrada, completamente paralizada. El ruido se repetía, sonando al menos para mí, como unos pasos que recorrían esas escaleras que yo había subido minutos antes. Fue cuando vi ese reloj. Un reloj de arena, arena que se deslizaba en su interior, alguien había estado allí. Y quería que yo lo supiera.

Cada vez me rodeaban más ruidos, ya el silencio era solo un recuerdo. Voces, pasos, llantos, alaridos... Inundaban mis oídos de forma dolorosa. Trataba de correr, ya todo me daba igual, necesitaba huir. Tapé mis oídos con fuerza, apretando mi cabeza, que estaba a punto de explotar. Cerré mis ojos con fuerza, era necesario parar el tiempo, descansar de este infierno

en vida. Esa presión tan dolorosa que apretaba mi cabeza, y esa sensación, como si mis oídos sagraran.... Lloré, grité, me apoyé en la pared, mi cuerpo no tenía fuerzas. Mi ropa se ensució de polvo y de trozos de papel de pared corroído por la humedad.

De repente, todo quedó en silencio de nuevo. Solo se oían mis sollozos, y luego esa voz...

“No me quitarán a mis niños de nuevo”

Y todo se volvió oscuro.